

## Cazador

La forma oscura se desprendió del techo de la bóveda, jalada por el arpón y la soga que la abrazaban, y cayó con estrépito a pocos metros del cazador. Éste, sin perder un segundo, montó encima del caparazón negro y golpeó fuerte con el hacha dos veces, hasta que una deforme esfera de piedra que se asemejaba lejanamente al cráneo de un animal, rodó desprendida del resto del cuerpo moribundo. Las cuatro cortas extremidades de la criatura ensayaron un tímido espasmo para luego permanecer tiesas, cual la roca de la que estaban compuestas. Ni siquiera una gota, de líquido alguno, asomó por la herida abierta.

Raudo, el cazador tomó la cabeza y la amarró en su cinto. Luego se irguió y con evidente esfuerzo, arrastró el cuerpo pesado del Kabuss un centenar de metros, atravesando charcos y pasajes que bien conocía, hasta alcanzar la boca amplia y tenebrosa de la caverna. Una vez fuera tomó una de las varas que guardaba para el rito y la clavó en tierra, cerca de otras de cacerías pasadas. Desprendió el cráneo pétreo del cinto y lo colocó encima de la vara. Un escalofrío de repulsión escapó a su templada voluntad al ver tan deforme figura y debió apartar un momento la vista. Luego, en absoluto silencio, se reclinó bajo la pálida luz de la luna para liberar el espíritu de su presa y esperó. Cuando la primera brisa suave acarició su torso desnudo se reincorporó y se acercó al cuerpo que esperaba recostado sobre unas rocas. Lo ató encima de una suerte de trineo improvisado y, cruzándose varias sogas sobre los hombros, lo arrastró por el terreno polvoriento rumbo a una cabaña cercana. El camino y parte de la ladera del cerro se veían bañados por la luz mortecina que escapaba de su ventanal.

Una vez dentro de la cabaña limpió sus manos cansadas y heridas en un trapo viejo y, empuñando una daga, se reclinó sobre el cuerpo mutilado que yacía vuelto hacia

arriba para realizar la primer incisión. El método le era ampliamente conocido dada su experiencia e hincó la punta de la daga en la zona grisácea, justo por debajo de donde se hallara la cabeza del animal. Allí la piel pétrea ofrecía una mayor vulnerabilidad y no le costó demasiado hundir la hoja hasta el mango. Luego continuó con movimientos laterales para extender la herida hasta que se oyó el primer quejido de la piedra al quebrarse. El cuerpo se rasgó en una larga y cuidadosa abertura sin hacer apenas esfuerzo.

El cazador sonrió y hundió sus manos en la grieta de a una por vez para abrir el cuerpo al medio y en ese mismo instante la silueta de un niño se recortó en la penumbra de la sala.

—¡No lo mates! —gritó el niño y echó a correr hacia la habitación contigua entre sollozos.

—Dan, ven aquí. Quiero que entiendas esto...

Pero el niño no escuchaba y se acurrucaba en un rincón del camastro, cubriéndose con las cobijas. El cazador no tuvo más remedio que dejar lo que estaba haciendo e ir a consolar a su hijo. En esto era poco hábil y a menudo acababa estropeando todo con su torpeza. La madre del niño era la única persona que podía hacerlo comprender y ella ya no estaba allí. Hizo el intento, de todas maneras, sentándose al borde del camastro y palmeando la espalda del pequeño.

—Dan, es mi trabajo, es lo que debo hacer para que vivamos cada día. No tienes que asustarte ni sentirte mal por ello.

—¡Son mis amigos! —suplicó el niño mostrando un rostro bañado en lágrimas— No los mates.

—¡No pueden ser tus amigos! —se exasperó el padre— ¡Son criaturas horribles y nada amigables! ¡Te prohíbo que sigas entrando en las cavernas!

El niño quiso alejar a su padre con un brazo y dejó al descubierto una marca morada de mal aspecto que cubría casi todo el antebrazo. El cazador reconoció el síndrome de Handel que incluso a él mismo le afectaba en su mano diestra y que lo producía un hongo que habitaba en las cavernas. Pormenorizó la infección ya que se trataba de una enfermedad involutiva y dejó al pequeño con su llanto sin remedio.

Regresó a su tarea y acabó por abrir la caparazón de piedra del Kabuss. En el centro ahuecado del cuerpo afloró entre unos pocos tendones y nervios reseco la gema imponente. Su color rosado la asemejaba al rubí y, aunque nunca se afanó por descubrir qué tipo de piedra era realmente, la vendería por una buena cifra en la joyería del pueblo. Tomó la gema en sus manos y la elevó a la luz diáfana. Era de una pureza exquisita.

Sonrió nuevamente y decidió que tanto esfuerzo merecía su recompensa. Limpió el lugar, apagó todas las luces y, tras asegurarse que su hijo había caído dormido, salió de la casa rumbo a la taberna del pueblo, a pocos kilómetros de allí.

El establecimiento se hallaba ubicado en el extremo más cercano del pueblo y se presentaba como un sitio cálido y atractivo en la oscuridad de la noche. Había que bajar por la ladera del cerro y rodear una pequeña laguna para alcanzar la entrada por el frente.

El cazador empujó firmemente la puerta e ingresó con paso seguro rumbo a su mesa de costumbre. Para su tranquilidad ésta era una de las pocas que se hallaban desocupadas. El mesero se habría encargado de reservársela especialmente ya que era habitual que él visitara la taberna y dejara buenas propinas.

Echó una mirada rápida a su alrededor antes de sentarse y pronto advirtió una figura oscura e imponente sentada a pocos metros de la barra. Era un hombretón que vestía un impermeable oscuro con capucha. Sus manos estaba cubiertas por guantes de

cuero y sorbía licor con parsimonia de un vaso diminuto. Su presencia lo perturbó pero no fue suficiente como para opacarle su noche victoriosa.

Levantó la vista hacia el mesero y le hizo un gesto especial que indicaba un pedido especial. El mesero presuroso se perdió de vista detrás de un biombo y emergió con una vasija chata en una mano y una jarra de cerveza colmada de espuma en la otra. Se acercó al cazador y sin decir palabra ni atreverse a mirarlo a los ojos, depositó su carga en la mesa y se alejó.

El cazador apartó la jarra de cerveza y colocó la vasija frente a sí. Dentro había un trozo pequeño de algo como madera y unas cerillas. Raspó una sobre la caja y con ella encendió la madera que no tardó en arder. El humo y el olor dulzón hicieron volver la atención de todos los presentes a su mesa y se esparció en el aire un murmullo de asombro y respeto. El cazador tomó la vasija entre sus manos y, reclinando la cabeza, la movió a derecha e izquierda en señal de ofrenda al Cielo y a sus compañeros. Acabado el ritual de alabanza dejó la vasija con la madera consumida en un rincón y sorbió un largo trago de cerveza de la jarra. Poco a poco los demás clientes se volvieron a sus asuntos y el mesero regresó para reabastecer al sediento cazador.

Pasadas varias jarras sintió una creciente preocupación que lo perturbaba. Buscó con la vista cansada y halló la mirada profunda del hombre del impermeable negro. Se sentía con el valor suficiente como para arrollar a cualquiera que lo retara con la mirada pero en el momento exacto en que iba a hablarle, el hombre irguió su cuerpo monumental y avanzó hacia él con paso decidido. Los asistentes no se animaron a mirarlo siquiera y se acurrucaron en sus asuntos.

—¿Usted es cazador de Kabuss? —preguntó el hombre permaneciendo de pie, con voz profunda.

Por más que lo intentaba no lograba ver las facciones de aquel sujeto pero una marca oscura y temible parecía extenderse debajo de la capucha, plasmada sobre su piel.

—Así es —afirmó el cazador sin dejarse intimidar por la figura de su interlocutor—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por esa mancha que posee en la diestra —señaló con un dedo enguantado la infección en la mano del cazador.

—No es nada, tan sólo la enfermedad de Handel. Ya se retirará sola.

—No es la enfermedad de Handel —negó terminantemente—. Debería alejarse de los Kabuss ahora mismo. Una vez que empieza, el proceso de crecimiento se acelera increíblemente.

—¡De qué me habla! —estalló el cazador sintiéndose herido en su inteligencia por el forastero— ¡Nadie me dice lo que debo hacer!

Todos los presentes se volvieron asustados y echaron sus sillas hacia atrás para alejarse de un posible enfrentamiento.

El forastero inmutable movió su diestra y la posó sobre la otra mano, recorriendo el guante de cuero que la cubría. El cazador echó mano a su puñal instintivamente atento a cualquier movimiento extraño.

El guante acabó por salir y dejó al descubierto un muñón ennegrecido y sin vida. Luego, el forastero tomó su capucha y la empujó hacia atrás.

Un grito de espanto escapó de la boca de los presentes.

Era el rostro de un dolor indescriptible. Una aberración que producía náuseas y que obligaba a quitar la vista. La mancha negra que había divisado cubría medio rostro y estaba compuesta de la piedra que se extrae de las cavernas, oscura y fría. La cuenca de un ojo estaba vacía, la nariz y la boca deformadas y petrificadas en un gesto de

sufrimiento, como el de un grito ahogado que jamás pudo escapar. Era la combinación imposible del cráneo de un Kabuss con el de un humano.

Al cazador se le aflojaron las piernas.

—El contacto con los Kabuss produce esto que usted está viendo —dijo con voz cavernosa modulando con mucha dificultad la parte viva de sus labios—. Yo también era cazador y pensaba igual que usted y mire lo que me pasó. Un día era una mancha en una mano, luego llegó a cubrir el brazo. Una mañana, cuando desperté, ya estaba así. Pero cuando me alejé definitivamente de esos demonios la conversión se detuvo.

El impermeable se marcaba en varias zonas como si fuera a romperse y el cazador comprendió que el desproporcionado tamaño del cuerpo del forastero se debía al caparazón pétreo que se ocultaba debajo. La idea desfiló por su mente y lo enfermó.

—No hay que mirarlos a los ojos, ¿sabe? —continuó el forastero—. Ellos nos invaden a través de los ojos y nos transforman en otro miembro de su comunidad. Pero, ¡qué curioso!, uno no puede desviar la vista de ellos.

Los presentes se alarmaron y se cubrieron la cara o se volvieron de espaldas para evitar ver la cuenca vacía del ojo muerto, para apartar la mirada de la mitad siniestra, del rostro pétreo del Kabuss que emergía desde el cráneo de aquel hombre.

El cazador pálido retrocedió hasta la puerta del establecimiento y salió corriendo del lugar. De su boca escapó un grito de terror. Los que lo escucharon advirtieron que gritaba el nombre de su hijo.

Cuando el cazador llegó a su cabaña no halló a Dan en su cama y le fallaron las piernas. Sintió las entrañas helarse y la garganta asfixiarse. No supo qué hacer y su mente se vació, mas pronto lo invadió el recuerdo de las cavernas y corrió hacia allí con sus herramientas de cacería.

Desesperado ingresó por la boca de la caverna olvidando todos los rituales previos y gritó el nombre del pequeño en la oscuridad, sin recibir otra respuesta que su propia voz reverberando en las oquedades de la piedra. Se amarró el farol a la cintura, colgó las sogas y el arpón sobre su hombro y se internó en el laberinto de cuevas y pasajes. En su búsqueda frenética tropezó y se hirió torpemente las rodillas pero nada pudo detener su ímpetu ni acallar su voz quebrada.

Pasaron largas horas sin hallar señales del niño hasta que un quejido ahogado le llamó la atención en el extremo de una bóveda. Corrió hacia un conjunto de rocas, mas no halló nada detrás ni entre ellas. Un instante después, cuando ya estaba decidido a continuar la carrera, una de las rocas se movió suavemente. El cazador se arrojó sobre ella y la jaló hacia un costado. Un trozo informe que aún no conformaba el caparazón de un Kabuss emergió dejando un hueco en la piedra. Lo volteó y descubrió que, a pesar de estar el cráneo y las extremidades formadas, aún una mano era humana. Era una mano pequeña, pálida y frágil.

Con los ojos colmados de lagrimas el cazador resbaló y cayó sobre el cuerpo pequeño. Lo abrazó y lo besó y lloró amargamente intentando contener los movimientos del animal que instaba por huir. Luego, lo ató con las sogas y, a pesar de su gran peso, lo alzó y lo llevó fuera de la caverna, depositándolo sobre el camposanto.

El Kabuss vuelto hacia arriba se agitaba como una tortuga mientras que el último vestigio de humanidad desaparecía frente a los ojos del cazador para convertirse en piedra ennegrecida. Piedra viva y muerta a la vez. Un animal extraño, aterrador. Un monstruo.

El cazador, llorando sin consuelo se arrodilló a un lado del animal, alzó el hacha y, lanzando un fuerte grito, cortó la cabeza de su presa. Inmediatamente y fuera de sí, hincó la daga en el caparazón muerto y lo abrió al medio hiriéndose los nudillos y las

manos. Los órganos internos no se habían secado aún pero envejecían a un ritmo increíble. Hundió las manos dentro del cuerpo y extrajo un corazón a poco de cristalizarse. Lo alzó al aire y vio estupefacto cómo se transmutaba la carne en la gema tan preciada.

Luego, el entorno en su totalidad se fundió en una cruel postal tenebrosa, en una instantánea imposible del delirio. Las cabezas de Kabuss, las picas, el camposanto, el cuerpo y el corazón de su pequeño hijo, la noche entera.

Asqueado y vencido se dejó caer boca arriba sobre la tierra seca sin importarle la cercanía del Kabuss ni el posible contagio. Se sentía vacío y entumecido. No le restaban fuerzas y, al cerrar los ojos, deseó ya no volver a abrirlos.

Y así fue.